

d e b a t e

Los maestros mexicanos del siglo XX

(Breve recuento histórico)

J. Abelardo Mejía Rodríguez
José Rubén Montañez Sánchez

En el transcurso de la historia, los maestros han asumido actitudes y maneras diferentes en las relaciones que establecen en el marco de las tareas de la escolarización. De igual modo, la sociedad (diferentes grupos de la misma) y el estado, en los distintos períodos de su desarrollo han sugerido, propuesto, implementado y hasta exigido que el maestro se conduzca de uno u otro modo al realizar las superestructurales funciones de la educación.

En un intento por destacar el lugar que ha ocupado el maestro (principalmente el de educación básica) en la educación pública durante el desarrollo de ésta a lo largo de nuestra centuria, se hará un breve recuento de algunos de los discursos académicos y oficiales (e incluso de algunos maestros) acerca de las condiciones materiales, la relevancia social y las aspiraciones y desencantos magisteriales.

Condiciones materiales

Tanto las autoridades oficiales como los propios maestros han puesto de ma-

nifiesto que, sin satisfacer plenamente las necesidades básicas de los profesores, es muy difícil que éstos cumplan cabalmente con las tareas escolares. Del mismo modo se ha expresado que sin la infraestructura, sin los recursos materiales indispensables, el servicio educativo no puede garantizarse ni en cantidad, ni en calidad.

Durante el porfiriato, Justo Sierra, encargado del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la Ley del 15 de agosto de 1908, "consignaba el papel tan importante del maestro. Se decía que ganaba muy poco: en las ciudades entre 60 y 100 pesos mensuales, y en el campo entre 6 y 10 pesos mensuales. Por esto, en esta ley se proponían estímulos pecunarios: aumentos periódicos en proporción a los años de servicio y pensiones de retiro, principalmente. Al respecto Sierra enfatizaba que era preciso que a la nación le 'costara algo' tener buenos educadores."¹

Incluso desde años atrás, "en 1877, Guillermo Prieto dijo que los sueldos de

¹ Galván Lafarga, Luz Elena. *Soledad compartida, una historia de maestros: 1908-1910*, Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Iberoamericana, México, D.F., 1988, p. 378 p.

los maestros estaban a la par con los conductores de coches de alquiler. En esta época, los maestros que trabajaban para el gobierno federal ganaban 50 pesos al mes, suma doble de la que pagaban las municipalidades.”²

Con todo y el control y el poder que el régimen porfirista tenía sobre los maestros, muchos de éstos le solicitaban al presidente alguna ayuda para salir de la miseria en que estaban sumidos por dedicarse a una profesión tan poco remuneradora como la del magisterio. En una carta, un maestro le solicitaba a Porfirio Díaz una recomendación para que el Ministro de Comunicaciones le concediera un “empleo de noche” y terminaba por decirle que no tenía inconveniente en pasar de “pedagogo” a “ferrocarrilero”, siempre y cuando pudiera vivir con más tranquilidad.³

Por las condiciones en las que trabajaban, los maestros manifestaban “por una parte, el ausentismo, la apatía y la rutina y, por otra, la insubordinación política. Algunos maestros de escuela, especialmente en áreas rurales, utilizaron sus salones de clase durante el porfiriato para hablar en contra de la dictadura. Los motivos para obrar así pueden atribuirse a sus circunstancias objetivas, así como a su conciencia social y a su formación, y en muchos casos a que sus esperanzas de progresar habían quedado frustradas. Su oficio no los colocaba muy por encima de los trabajadores de las fábricas o de los peones a jornal diario en las haciendas, por lo menos en cuanto a salario y en ciertas regiones, los ubicaba por debajo de los mineros. Su proximidad con los oprimidos agudizó su sentido de identificación con ellos (...) Su papel era de

agitación y organización, ya que ponían al servicio de los campesinos y trabajadores su habilidad e información.” Otilio Montaña, Juana Gutiérrez de Mendoza, Luis G. Monzón, Librado Rivera, son sólo unos cuantos nombres de los maestros que se oponían a la dictadura porfirista.⁴

Pasado el movimiento armado y en la urgencia de reconstruir el país tomando como base los planteamientos del Constituyente de 1917, a la educación se le consideró como un factor de capital importancia. Sin embargo, las condiciones laborales de los maestros jugaron un papel que a la larga restringieron los alcances de los proyectos educativos del Estado.

Hoy día se sigue haciendo aparecer a la Escuela Rural Mexicana de los años posteriores a la Revolución como un proyecto digno de ser emulado, más, por cuanto no ha logrado abatirse el rezago educativo en el medio rural. Si bien es cierto que aquel movimiento devino en algunas mejoras comunitarias y en una revitalización de las esperanzas de emancipación popular, parece ser que no logró consolidarse definitivamente debido a la carencia de los recursos materiales para su sostenimiento. No cabe duda que ha habido, hasta el pasado reciente, una continua expansión de los servicios públicos de escolarización, pero ésta se ha concentrado primeramente en las regiones más desarrolladas, en el medio urbano y atendiendo a los grupos mejor organizados de la sociedad (estratos medios, trabajadores sindicalizados, etc.).

En contraposición al discurso idílico de la Escuela Rural Mexicana están otros discursos acerca de la crudeza de las condiciones que le daban sustrato real.

“En esa época tenían que “lazar” a los jóvenes para ser maestros, ya que nadie quería seguir esa carrera por los bajos suel-

2 Vaughan, Mary Kay. *Estado, clases sociales y educación en México*, SEP/FCE, México, 1982, 2 volúmenes, 550 p., p.120.

3 Galván Lafarga, Luz Elena. *op. cit.*, p. 246

4 Vaughan, Mary Kay. *op. cit.*, pp. 122-3

dos (...) el número de personas que querían dedicarse al magisterio era reducido, porque generalmente era la gente pobre la que recurría en ese tiempo a estudiar para curas, y cuando hubo ya facilidades, estudiaban para maestros. El gobierno ofrecía becas para el magisterio, ya que los que asistían a las normales en muchas ocasiones no podían costear sus estudios.”⁵

Ignacio García Téllez, Secretario de Educación durante los seis primeros meses del gobierno cardenista, expresó:

“Cada año desertan de las filas cerca de 2000 maestros. En el transcurso de seis años, si esta sería deserción se prolonga, quiere decir que no habrá maestros para las escuelas, puesto que si 12000 escuelas deben fundarse en seis años, las deserciones también serían de 12000.”⁶

Las deserciones pueden haberse debido por los bajos salarios de los maestros. Por ejemplo, en 1928, los maestros federales ganaban \$2 254.00 m.n. anualmente; los estatales \$848.00 m.n. anualmente (aunque en Chiapas su salario era de \$378.00 m.n. al año). Aunado a ello estaba el retraso en los pagos.

“Si bien el gobierno federal ocasionalmente no cumplía con los pagos a los maestros, la falta de pago era común en los estados, los cuales, a veces, solicitaban préstamos de emergencia o subsidios al gobierno central para hacer frente a las nóminas. Esta situación dió origen rápidamente a una sindicalización de los maestros y a frecuentes huelgas. No es extraño que muchos maestros hayan querido pasar a depender del gobierno federal ya que la SEP se consideraba un patrón más confiable.”⁷

No obstante el cambio del papel del maestro en las distintas épocas, su situación económica muy poco se ha modifi-

cado. Durante el gobierno de Cárdenas persistieron las desigualdades en provincia respecto al Distrito Federal. Mientras en la Ciudad de México el sueldo era de 250 pesos mensuales, en otros estados eran los siguientes:⁸

Entidad	Sueldo
Colima	67.10
Chihuahua	109.58
Hidalgo	95.35
Michoacán	71.16
Guerrero	68.05
Aguascalientes	69.30
Nayarit	87.18
Tlaxcala	90.00
Sonora	139.00
Guanajuato	74.60
Edo. de Mex.	61.17
Yucatán	81.50
B.C. Norte	187.44

Fuente: *Educación Nacional*, 1944:24

Hoy en día, las condiciones de trabajo de los maestros siguen estando por debajo de las expectativas generadas para quienes desempeñan una actividad a la que los discursos le dan un alto valor social:

“Todo mundo sabe que un mesero, trabajador en cualquier fonda de medio pelo, percibe más, con las propinas de los clientes, que el salario devengado por un maestro de primaria o secundaria. Nadie desconoce que con el salario de un maestro es imposible mantener decorosamente a una familia que, incluso, para obtener esa plaza de maestro debe entrar al juego de la corrupción comprándola a la dirigencia del

5 Galván Lafarga, Luz Elena. *Los maestros y la educación pública en México*, SEP/CIESAS, México, 1985, 508 p., p.191.

6 Citado en Loyo, Engracia (comp.) *La casa del pueblo y el maestro rural mexicano*, SEP/El Caballito, México, 1985, 160 p., p.143.

7 Vaughan, Mary Kay. *op. cit.*, pp. 278-9

8 Galván Lafarga, Luz Elena. *Los maestros y la educación pública en México*, cit., p. 199.

SNTE y, todos estamos conscientes de que, por desgracia y como lógico resultado, ese maestro vaciará, aún sin quererlo, gran parte de sus frustraciones y amarguras ante un grupo de pequeños alumnos que beberán, desde su abierta y moldeable posición, la injusticia y la deformación que les proporciona un mentor agredido por el sistema político que hace tiempo comenzó a apestar. A pesar de todo lo que sabemos, la situación en el magisterio no ha variado en los últimos años gracias a esa maldita complicidad entre gobierno y sindicato⁹

Muchas reformas a la educación fracasan por no considerar la influencia que tienen

“las condiciones de trabajo y formación de los maestros, que no pueden estudiar, enseñar, llenar reportes, organizar bailables, vender *sabritas*, preparar concursos, ir a desfiles, recoger aportaciones de los padres, soportar al inspector y a Jonguitud, todo al mismo tiempo.”¹⁰

Y, lo que parece más importante, en los últimos seis años (de 1982 a 1988) se han dado aumentos significativos en la matrícula de los diferentes niveles educativos (59.6% en preescolar; se mantuvo el 100% de atención a la demanda en primaria; 30% en secundaria); sin embargo, el presupuesto disminuyó ostensiblemente en todos ellos: (10% en preescolar, 52.3% en primaria, 31% en secundaria). “¿Cómo, si no con el sacrificio de los trabajadores de la educación, es que se explica el funcionamiento del sistema educativo con tan terrible crisis de la balanza laboral?”¹¹

En palabras de los propios maestros:

“El desastre de la política económica ha recaído fundamentalmente en los trabajadores. El salario pierde progresivamente

su poder adquisitivo. Los trabajadores de la educación somos uno de los sectores que más han visto reducidas sus percepciones. En 1981 nuestro salario era de 3.3 veces superior al salario mínimo, hoy apenas es de 1.3 veces. El aumento salarial del 10% anunciado por el actual régimen equivalente a \$1000.00 diarios aproximadamente, no restituye nuestro nivel de vida ya que es insuficiente y constituye una burla al magisterio nacional.

Las prestaciones a que tenemos derecho han sido reducidas paulatinamente, los préstamos a corto plazo son insuficientes en monto y número, y los de mediano y largo plazo son prácticamente inexistentes. Los servicios médicos que presta el ISSSTE son pésimos y burocráticos. La inseguridad laboral de los compañeros interinos no ha sido resuelta.

El fuerte deterioro de nuestro nivel de vida ha repercutido en la calidad de la educación.”¹²

Relevancia social

Aunque siempre se ha dicho que la profesión magisterial es una de las más mal pagadas, las tareas docentes forman parte de aquellas a las que se exigen mayor efectividad y relevancia social.

Durante el porfiriato el Estado asignó a los maestros la tarea de

“cambiar la faz de la República, modificar el estado intelectual de nuestro pueblo, transformar el modo de ser de nuestra personalidad e impulsar vigorosamente en el sendero del progreso de nuestra patria.”¹³

En la época de la Revolución

“el maestro rural tenía su programa de lectura, escritura y cuentas, pero vió que el campesino seguía teniendo hambre, y entonces ese maestro encabezó a los campesinos para hacer el primer pliego de peti-

9 Reyes Gómez, Gerardo. “¿Educar para democratizar en serio?”, Sección Editorial de *La voz de Michoacán*, 13 de febrero de 1989, pp. 14 y 22.

10 Fuentes Molinar, Olac. “Las condiciones de la reforma educativa”, Perfil de *La Jornada*, México, D.F. 7 de febrero de 1989, pp. I-III.

11 Imaz Gispert, Carlos. “PreSNTE”, *La Jornada*, México, D.F., 7 de mayo de 1989, p. 13.

12 Manifiesto de profesores del DF, *La Jornada*, 3-II-1989, p. 12

13 *El Escolar Mexicano*, 13 de julio de 1889, p. 6. Citado en Galván Lafarga, Luz Elena. *Los maestros y la educación pública en México*, cit., p. 180.

ción para donación de tierras (...) El maestro de la Revolución se encontraba ciento por ciento al servicio de la comunidad.”¹⁴
Para Vasconcelos, los maestros debían ser

“héroes nobles llenos del fervor evangélico que había animado a la raza en los días de la Conquista”; ellos habrían de “redimir” a las masas por medio de “trabajo, virtud y conocimiento”. Responderían al problema de la “miseria” con “misericordia” en su trabajo con los humildes, los pobres y desheredados. De hecho, el símil religioso resultaba operante: la cruzada de Vasconcelos era en cierto sentido una extensión del intento de los educadores del siglo XIX de reemplazar a la iglesia, entonces principal institución ideológica de la sociedad, en el sistema de enseñanza pública. La nueva escuela, llamada Casa del Pueblo, sustituiría a la iglesia como centro de la comunidad.¹⁵

Las actividades del maestro rural debían ir más allá de la simple instrucción: de manera general tenían que “enseñar a vivir”. Su trabajo era el de un apóstol, de un verdadero misionero que abandonaba a los suyos para identificarse y compartir las penalidades y la vida monótona y oscura de la comunidad a la que se integraba.¹⁶

El papel del maestro en el período de la educación socialista se modificó respecto al que se le venía exigiendo. El profesor Jesús de la Rosa, en 1935, decía que en ese proyecto el maestro “sube en importancia su personalidad y su trabajo. Es, sobre todo, un agitador y un orientador social; un participador activo en la vida de la comunidad en sus aspectos positivos (...) Desaparece de la escuela socialista el ‘fifí’, el tráfuga de la profesión, maestro de todo y aprendiz de nada, para ser ahora un ‘maestro obrero’ a medida que adquiriera preparación intelectual y manual para realizar eficientemen-

te la tarea que en la transformación de nuestros regímenes social, económico y político le ha sido encomendada.”¹⁷

Terminado el período cardenista y en un intento por conciliar a los principales grupos sociales del país, el gobierno de Avila Camacho implementó la política de la Unidad Nacional. Consecuentemente se modificaron los planteamientos de la educación pública y al maestro se le asignó un nuevo papel. Se abolió la educación socialista y se hicieron importantes reformas legislativas.

“Todo esto afectó el papel del maestro, quien ya no era un agitador político, sino por el contrario, se le pedía que se alejara de toda política, y que fuera un elemento que uniera no que dividiera. La exigencia de unidad nacional adquiría cada vez mayor importancia. De los años cuarenta hasta finales de los sesenta el maestro se convirtió en un ‘funcionario pedagógico’, ya no era un líder popular.”¹⁸

Los hechos recientes (crisis económica, deterioro en las condiciones de vida de los trabajadores en general y de los maestros en particular, frecuentes movilizaciones por reivindicaciones económicas y políticas, etc.) han puesto de nuevo en cuestión el papel a desempeñar por el magisterio. Meneses habla de *el reto del magisterio*, como uno de los problemas fundamentales a considerar en la modernización educativa. Señala que:

“Los maestros son la base principal del sustento del edificio escolar. El maestro es quien hace al niño despierto y curioso, le muestra cómo distinguir los datos y respetarlos, lo enseña a pensar y a cuidar de otros. Es preciso consolidar esa base y ensancharla para que el educador cumpla cabalmente con su misión. La atención a los maestros requiere: cuidar su formación

14 *Ibid.*, p. 189

15 Vaughan, Mary Kay. *Ibid.*, p. 250.

16 Loyo, Engracia (Comp.). *op. cit.*, p. 119

17 Guevara Niebla, Gilberto. (comp.). *La educación socialista en México (1934-1945)*. SEP/El Caballito, México, 1985, 160 p., p.133-4.

18 Galván Lafarga, Galván. *Los maestros y la educación pública en México*, cit., p. 202.

—no basta cambiar los planes si los maestros no se preparan para aplicarlos—, y también elevar sus emolumentos a fin de que puedan vivir dignamente su profesión, tanto en el aspecto material cuanto en el cultural de su propio progreso como educador.”¹⁹

Aspiraciones y desencantos

En tiempos de Don Porfirio, muchos maestros, descontentos con la situación social, simpatizaban con las ideas de quienes impugnaban al régimen; “hablaban sobre las ideas de los hermanos Flores Magón, ya que estaban de acuerdo con su manifiesto de 1906, pero no dentro de las aulas (...), pues de ser así los corrían... de por sí ganaban poco, y luego ya sin trabajo se morirían sus familias de hambre.”²⁰

Más adelante y con el aval estatal, los profesores habían comenzado a reconocer, haciendo una crítica abierta a la tradición vasconceliana, que toda obra de ilustración perdía sentido y eficacia si no se asociaba a cambios en la economía y la política: cuestionaban la importancia de tener cultura mientras el campesino carecía de pan en su casa.²¹

Sin embargo, para una obra que realmente sacara del atraso a las escuelas, principalmente a las rurales, hacían falta, entre otras cosas, maestros preparados; al menos esto era lo que pensaban muchos de ellos. Por ejemplo, el maestro Alberto M. Ortiz señalaba:

“Nuestra falta de preparación hace que no podamos definir claramente el objetivo de la educación, que no podamos (...) favorecer el desarrollo económico de las comunidades

y mejorar sus cultivos e industrias para conseguir mayores rendimientos y mejorar la vida del campesino”.²²

Otros maestros, al enfrentarse con las estructuras feudales del poder rural, a menudo comprendían la ingenuidad de la suposición de la SEP de que pese a eso, el entrenamiento técnico y la introducción de nuevos productos pudieran contribuir a un mejoramiento significativo de la vida rural.²³

Para fines de los cincuentas, cuando el fervor misionero y los anhelos socialistas escasamente estaban reclusos en los maestros que trabajaron durante los años 20's y 30's, se habían incorporado al servicio educativo nuevas generaciones de maestros; el estado había iniciado, al parecer con éxito, amplios sistemas de capacitación docente (tal es el caso de Instituto Federal de Capacitación del Magisterio) orientados sobre todo a aspectos técnico-pedagógicos; los mentores habían logrado la unificación sindical en un organismo corporativo, vinculado al partido gobernante... Al parecer, la situación profesional y laboral del magisterio iba mejorando. No obstante, había problemas. Torres Bodet escribió al respecto:

“Ni los programas de 1944 dieron los frutos que supusimos, ni los nuevos egresados de las normales querían oír hablar de 'apostolados' o 'misiones'. Advertían que, en nombre del progreso económico, el país estaba acostumbrándose a desmentir los ideales de la Revolución (...) Los gobiernos creían que los maestros acataban fielmente sus planes y, a menudo, ni siquiera leían (...) La unificación sindical no parecía favorecer de manera muy positiva a la calidad del trabajo docente (...) Nuestros informantes directos eran inspectores que, como socios activos del sindicato, encu-

19 Meneses, Ernesto. “Los desafíos de la educación en México (1989-1994)”, Perfil de *La Jornada*, México, D.F., a 21 de Octubre de 1989, p. III.

20 Galván Lafarga, Luz Elena. *Los maestros y la educación pública en México*, cit., p. 182.

21 Guevara Niebla, Gilberto. *op. cit.*, p. 15.

22 *El Maestro Rural*, 1932. Citado en Loyo, Engracia. (Comp.). *op. cit.*, p. 89

23 Vaughan, Mary Kay. *op. cit.*, p. 257.

brían a tiempo las faltas y las ausencias de los maestros, pues no ignoraban que la gratitud de sus subalternos les sería, a la larga, más provechosa que la estimación de sus superiores. No siempre podían actuar los líderes en la orientación cultural y moral de los agremiados. En ocasiones les interesaba, más que otra cosa, ejercer influencia concreta en la política del país. Algunos lograban insertarse en el sector de los próximos candidatos a diputados o a senadores (...) Muchos maestros sin la humilde y viril franqueza de los que traté en 1944, invocaban la respetabilidad de su profesión para exigir aumentos de sueldos y de servicios. Pero olvidaban las obligaciones que esa respetabilidad hubiera debido imponerles en la cátedra y en la vida. Su táctica más frecuente ya no era la persuasión, sino la amenaza.²⁴

Recientemente, y desde otra perspectiva un maestro nos decía que a los 28 años de servicio, nada más le restaban dos años para jubilarse, al término de los cuales no tenía el más mínimo interés en continuar como profesor. Expresaba que ahora la profesión de maestro no le daba ningún beneficio, por lo que pensaba dedicarse a otra cosa. Recibió la invitación de un padre de uno de sus alumnos para asociarse en un negocio de compra-venta de autos usados; este señor llevaba apenas dos años en el asunto y "ya se le notaban sus milloncitos". También uno de sus alumnos lo invitó a que se fuera a Nueva York a "hacer clavos", oficio de medio tiempo con el que ganaría el equi-

valente a 6 millones de pesos (de 1988) "libres de polvo y paja".

En lo colectivo, los maestros de hoy en día se organizan para demandar democracia y más salario:

"Hoy, el ejército de Vasconcelos abandona la mansedumbre y la obediencia ciega, pero en su rebelión no olvida las funciones que le dieron vida y permanencia (...) Cada maestra, cada maestro es, aunque no lo sepa, un dirigente social -un líder político, una autoridad moral-, el único en constante y directo con los mexicanos anónimos en su cotidianidad pública y privada: disciplina acciones, difunde y arraiga valores, aconseja, representa, gestiona. Implanta disponibilidades y moviliza voluntades. Iza la bandera, dirige el canto del himno, construye en las mentes de los niños los mitos de la nacionalidad y el nacionalismo y las figuras sacras de los héroes oficiales. Recrea día a día al México jurídico y al México afectivo. Es el talachero de la política gubernamental, del control, del consenso, de la cohesión social."²⁵

Lo que expresó el maestro Silviano Urzúa en una entrevista que el hiciera un reportero de un diario nacional, unos días antes de que le fuera entregada la presea "Ignacio Manuel Altamirano" por sus 50 años de servicio en las aulas, refleja las aspiraciones y desencantos de miles de maestros mexicanos: "Muchos de nosotros, los maestros, estamos destinados a vivir en la miseria, en la opresión política y en una pobreza económica cruel"²⁶

24 Torres Septién, Valentina (Comp.). *Pensamiento educativo de Jaime Torres Bodet*, SEP/El Caballito, México, 1985, 160 p.

25 Cazés, Daniel. "El ejército de Vasconcelos", *La Jornada*, México, D.F., 29 de abril de 1989, p.5.

26 Garay, Enrique. "Ser maestro equivale a morir 'en la miseria'", *La Jornada*, México, D.F., 13 de mayo de 1989, p. 10.